

El Eco de Cartagena

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

SEGUNDA EPOCA

Reconocimiento oficial del Papado

El Papa, jerarca supremo de la Iglesia e institución que ha servido de blanco a las mofas y burlas de todos los sectarios del orbe, y cuyo poder temporal e independencia ha sido rudamente combatido en nombre de los principios de libertad modernos, ha tenido en estos días un reconocimiento oficial que influirá, a no dudar, en futuros acontecimientos.

Peso a las solapadas influencias de todas las cancillerías europeas, ha dado Wilson a todos los enemigos del Pontificado y al rey de Italia una elocuente lección. El árbitro del mundo, el pacificador del viejo continente, ha ido a visitar en su cárcel al sucesor de Pedro; y al pisar los umbrales del Vaticano ha prestado vasallaje de admiración hacia el Papado, reconociendo implícitamente el enorme poder moral que se gobierna bajo la grandiosa cúpula de San Pedro.

Los sectarios de todos matices, dueños hoy en absoluto del mundo, frunció el entrecejo al conocer los propósitos del presidente de los Estados Unidos; negaron después, por medio de su Prensa, la posibilidad de la visita, y ante el hecho de la misma, que ya no pueden negar ni desconocer, hablaron ligeramente, reuyendo todo comentario y ocultándolo, cual si fuera la condenación de todas sus campañas.

Sienten miedo a alzar su voz por temor de disgustar al amo, y eternos aduladores de la fuerza, shogan en su pecho los rencores de un siglo, anonadados ante la realidad, en la que nunca creyeron.

Wilson, visitando al Papa, es tal vez el suceso más culminante de esta post-guerra; por este solo hecho caen al suelo desvanecidas todas las leyendas de partidismo determinado atribuidas a la Iglesia, y se eleva hasta lo sublime la majestuosa figura del Pontífice, tan calumniado durante estos años.

Católicos fervientes, nos congratulamos de esta visita, que es como el reconocimiento oficial del poder del Pontífice. Los hechos no podían suceder de otro modo, porque en la próxima paz sólo hay unas manos no manchadas y una institución imparcial: las manos son las del Papa; la institución es la Iglesia, que ha condenado todos los excesos y que ahogaba su pena en las fuentes de la divina gracia, imploreando sin cesar del Altísimo la terminación de la hecatomba.

En esta hora de paz, cuando la simbólica paloma blanca alzó su vuelo de la última trincheira para notificar al mundo el término de la contienda, fué a posarse primero en la venerable cabeza del Vicario de Jesucristo, y en su augusta poder ha ido a beber verdaderos sentimientos de fraternidad el presidente Wilson, que, libre de prejuicios y atendiendo sólo a la elevada misión que se ha propuesto ha reconocido que no puede hablar con autoridad si no lleva junto a sí la opinión del único representante de la tierra que no tiene ejércitos, que no tiene escuadras ni cañones; pero que es soberano del mayor de los imperios y que, sujeto al cautiverio, aun alza sus manos para bendecir a todo el orbe y aún eleva todos los días su voz al Altísimo para que derrame sus gracias sobre todos los hombres, entre quienes no distingue enemigos, ya que por todos ora y para todos reza.

Corren tiempos de grandes verdades, se acercan días de revisión de todos los valores mundiales en doctrinas y en procedimientos, y por ello va agrandándose por momentos la venerable figura del Pontífice, a quien la reciente visita de Wilson significa un reconocimiento oficial, una gloria y una aureola que no dejarán de admitir sus mismos adversarios, reconocimiento que no lo necesita para los que, por nuestra dicha, conocemos la fe y las creencias, pero que no por ello deja de tener importancia, ya que el presidente de los Estados Unidos es protestante y el acto por él realizado tiene mayores garantías de imparcialidad.

Aprendan en estos ejemplos los constantes solamadores y admiradores de Wilson, y presten la debida sumisión al Papado, con lo cual darán, por lo menos, una prueba de buen sentido, y contribuirán, más que con pomposas palabras, siempre contradictorias con hechos, a la verdadera igualdad, libertad y fraternidad de todos los hombres.

ESTAN EN EL SECRETO

El padre Garín era hombre constante y de una paciencia a prueba de desaires. Se había propuesto hablar con el Duque de X, y tanto perseveró en ello, hasta que logró su intento.

Confesaba después que le había costado más trabajo aquella entrevista que la realización de todas las obras sociales que había fundado en su región.

Buscar recomendaciones, solicitar, por escrito, la audiencia, esperar días y días la contestación, apelar a nuevas influencias de más prestigio e insistir sin hacer caso de las dificultades, de los obstáculos, de las «largas» y dilaciones.

Por fin, a fuerza de constancias, venidó, y sin duda para quitarse aquel moscón de envidia, fué concedida la audiencia. ¿Qué se proponía el Padre Garín?

Hablar con el señor Duque—decía,—porque estos señores, encastillados en las alturas de su posición, no suelen saber la verdad de lo que ocurre, y ha llegado el momento de que conozcan la verdad.

El Padre Garín entró en el palacio a la hora señalada. Pisó, por primera vez en su vida, alfombra donde se enterraban los pies. Quedó sorprendido ante el lujo extraordinario de la dual morada. Tuvo que hacer una larga antecala.

Al fin fué recibido por el señor Duque.

—¿El señor Duque?—preguntó el Religioso en presencia del prócer.

Y lo preguntó como dudando de que aquel ser enloquecido y vulgar fuera el señor Duque. No lo conocía más que de nombre. Y le pareció que aquel hombrecillo insignificante, todo lo más que podía ser era un secretario del señor Duque.

Peró, no; era el Duque en persona. Un poco desconcertado tomó asiento el Padre Garín y expuso el objeto de su visita.

El llevaba unos cuantos párrafos de efecto preparados; pero cambió de propósito, y con palabras un poco tímida al principio, pero fácil y elocuente después, expuso claramente su pensamiento.

El, que por sus constantes trabajos sociales estaba en contacto con el pueblo, conocía perfectamente la verdadera situación de los humildes.

Había un peligro grave, serio, latente. Este peligro radicaba en el malestar de la vida actual y en la ignorancia y abandono en que se había dejado a las clases desheredadas.

Cualquier chispa antisocial podía prender fácilmente en el espíritu del pueblo, porque la tierra estaba abonada para ello.

Y el buen religioso pintó con justas pinceladas cómo era la vida actual de los humildes, aduciendo pormenores que conocía muy bien, y exponiendo consecuencias del abandono y los resultados que podían surgir en estos críticos momentos en que el fuego se iba extendiendo por Europa, y nadie sabía hasta dónde podía llegar el contagio social de las ideas disolventes.

Encuchó el Duque con marcada indiferencia. Encendió entretanto un habano como para atenuar los efectos del sermón, brindó otro cigarro al Religioso, que no aceptó, y contestó con cierta elegante displicencia:

—Exageran ustedes la nota... Por supuesto, que hacéis bien... Es vuestro deber; aprovechad las circunstancias para predicar... Está bien; sí, señor, está bien... Pero aquí para entre nosotros, le diré que yo... estoy en el secreto.

—¿En qué secreto?

—En el secreto de ese pesimismo. Créame usted; aquí no pasa nada; más aún: aquí no puede pasar nada. Mire usted... «eso» de Europa... «eso» de Rusia, «eso» de Alemania, tiene su razón de ser; es lógico; obedece a causas concretas, a causas éticas; pero aquí entre nosotros... es, permítame usted la palabra, es un disparate pensar en esas cosas. Aquí se vive en el mejor de los mundos posibles, aquí no hay más que unos cuantos agitadores de profes-

sión, que «hacen la comedia», pero que no pesan de ahí... Y no crea usted que mis deberes... ¡Ah!, no, no. En mi casa se da con generosidad para todas las obras piadosas. Si yo le enseñara a usted los recibos de las Asociaciones religiosas a que pertenezco... Si usted viera las limonas que aquí se hacen...

—No es eso, señor duque, no es eso. Ya sé que reparten ustedes algunas migajas entre los pobres... Pero ahora no se trata de eso... Para conjurar la tempestad que se viene encima habría que llegar hasta el sacrificio... si es que constituyere sacrificio dar algún dinero para salvar lo principal... Porque yo comprendo el optimismo de ustedes. ¡Claro! Encastillados en esta olímpica vida, adonde no llegan ni los olamores de los que sufren, no es posible ver la realidad del problema; pero, a pesar de, ese optimismo, la realidad se impondrá, vendrá la catástrofe y hará estragos, por que los cosas desaparecidos para la lucha; no tenemos nada; no hemos podido hacer nada... por falta de vuestro apoyo. Lo poco que hemos conseguido se debe al sacrificio de los que no tenemos más que nuestra buena voluntad. Hemos hecho dos asambleas, y a pesar de ellas, no hemos podido fundar el periódico popular de gran circulación que hace falta. Nuestros enemigos, sin asambleas, fundan los periódicos que quieren y les sobra dinero para hacer sus propagandas.

Hace veinte años que luchamos por crear una gran editorial que inunde a España de buenos libros... y no lo hemos conseguido... En cambio, ve usted lo que hacen los de la acera de enfrente. Ve usted cómo se ha vertido al español todo el veneno social de los capótoles del socialismo europeo. Las obras de Bakunine de Kropotkin, de Gorki y de Sebastián Faure se han vulgarizado en muchísimas ediciones económicas, que han inundado los campos, los talleres y las fábricas. Pronto ha de ver usted la «fermentación» de esas ideas sembradas.

Nuestros Sindicatos llevan una vida lánguida por falta de recursos; en cambio, ve usted la vida de los Sindicatos socialistas. Y le aseguro a usted que yo, por mí, no tengo temor ninguno. ¿Ve usted esta vieja setena? Pues ella y mi brevitarlo constituyen todo mi capital. Yo nada tengo que perder... En cambio, usted... no puede desir lo mismo. Y no es lo más grave los bienes materiales, que corren peligro... no; hay otra cosa más importante: la responsabilidad que ha de caer sobre vuestras conciencias... Porque está escrito: A quien mucho se dió, mucho se pedirá... Pero, en fin, puesto que «está en el secreto», ¡salí vosotros!

Y el Padre Garín se levantó, recogió su capa, recobró su calma, como recobra el gladiador su escudo.

Y al salir por la puerta de la suntuosa morada, recordó una frase de Pierre l'Ermita, se volvió y amenazó al palacio con el puño cerrado.

LUIS LEON.

De Sociedad

Los que viajan

Ha salido para Madrid el Capitán de Ingenieros don Enrique Vidal.

—Han salido hoy para dar varias Misiones en el Arceprastazgo de Yuste (Albarracín) los Misioneros del Inmaculado Corazón de María P. P. S. Esteban y R. Felipe.

—Ha salido para Archena, el Administrador principal de aquel Bainsario, don Juan Montenegro y Garrido, Capitán de Infantería de Marina retirado, para dar posesión de los servicios de aguas y de fontanero al honrado y hábil industrial cartagenero Cesáreo Rodríguez.

—En el correo de hoy ha llegado a esta Ciudad el Gobernador Civil de la provincia don Luis Bermejo.

En la estación ha sido recibido por el Jefe de Policía Sr. Inglés, el diputado a Cortes señor García Vaso y otras distinguidas personas.

El señor Bermejo se hospeda en el «Gran Hotel».

Enfermos

Se encuentra enfermo, como también sus tres preciosos hijos, don Antonio Pulg Campillo.

Ampliaciones a plazos de una peseta semanales

Lo más bonito, lo más exacto, lo más elegante. Garantizada su exactitud, bondad y camero. Marco original y de extraordinaria vista.

CASAU—Fotógrafo
CARRERA, CARTAGENA

CRONICA

CUARTO ANIVERSARIO DEL EXCMO. SEÑOR

Don Justo Aznar y Bufigies

que falleció el día 18 de Enero de 1915 habiendo recibido los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad

R. I. P.

La Hora Santa que se celebrará el día 18, de once a doce de la mañana, en la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen, será aplicada por el eterno descanso del alma de dicho señor.

Sus hijos y demás familia, ruegan a sus amigos y personas piadosas encomienden su alma a Dios y asistan a dicho acto religioso.

Hay concedidas indulgencias por varios Sres. Obispos en la forma acostumbrada.

Frégoli ha muerto

En uno de los manicomios de París, donde estaba recluido, ha fallecido el célebre transformista italiano Leopoldo Frégoli.

Su vida, en extremo agitada y pintoresca, es una verdadera novela que el mismo Frégoli ha escrito. Sirviendo en el ejército, por burlar una guardia, se le ocurrió transformarse. Entonces comprendió las aptitudes que tenía, y, cultivándolas, encontró bien pronto la fama y el dinero.

Hacia un cuarto de siglo que vino a Madrid por vez primera, y se presentó en el teatro de Apolo, obteniendo un éxito enorme. Sus empresarios, los señores Arregui y Aruej, hicieron un verdadero negocio, y la gente discutía si las transformaciones eran obra de Frégoli o en el espectáculo trabajaban más personas.

La creencia de esto último aumentó con la prohibición del artista de que nadie más que sus ayudantes, que eran varios, entrara en el escenario.

Frégoli viajó por el mundo entero, presentándose a todos los públicos. Ganó muchísimo dinero, pero en su vida errante y bohemia lo gastaba sin reparos de ningún género.

Una de las veces que logró enriquecerse tuvo la desgracia de perder su vestuario, alhajas y dinero, que guardaba en su cuarto, en un incendio que se produjo en un teatro de Nápoles donde estaba actuando.

Ultimamente trabajó en Madrid en el circo de Frine. Vino en «tournee» de despedida, pues trataba de reunir lo suficiente para retirarse a descansar a una casa de campo de Nápoles.

Su decadencia artística le llevó a buscar nuevas energías en el alcohol. Fué esto lo que para el famoso artista, por que en breve tiempo aquí espiró en París y en un triste manicomio ha pasado las días posteriores de su vida.

Desearse en paz el gran artista, en gracia siquiera a los buenos rato que nos hizo pasar a los que le vimos bajar.

Las flores de la revolución

A la revolución sigue siempre un período de anarquía. La anarquía es la sombra de la revolución.

La causa no está en la ausencia del Gobierno. La revolución triunfante puede montar una poderosa maquinaria gubernamental. Gobierno tiene Rusia, y no blando y liberal, sino ferocemente autoritario, y no por eso evita el desorden y la anarquía. Gobierno fuerte tiene la república alemana, y no por eso puede evitar la anarquía y el embrollo que hoy tiene aquel pueblo desventurado en sozobra trágica y febril.

Es que la anarquía que sigue a la revolución no es fruto de la ausencia de autoridad, y no se cura, por tanto, con Gobiernos blandos ni Gobiernos fuertes.

Su causa está en la revolución misma. Esta significa siempre el cambio de instituciones, y por tanto, de costumbres, de hábitos sociales. La masa de la población está acostumbrada a regular su autoridad por el viejo régimen; éste era el origen de su vida, aun para los impascentes, aun para los rebeldes. De pronto, aquel régimen se

desploma y este cauce se oteja; las antiguas instituciones reguladoras de la vida social ya no regulan nada; mueren aplastadas por una montaña de odio irracional, y ya no sirven los viejos hábitos. Entonces, las masas se preguntan azoradas: ¿Que hago ahora? ¿Cómo lo hago?

Cuando un individuo siente esa indecisión, declinosa; está desconcertado; cuando la alente un grupo social, el desconcierto se convierte en anarquía. Ese grupo social ya no es una orquesta en la que cada uno de automáticos y habitualmente su nota: es una algarabía; ya no es una máquina, en la que todas sus partes ajustan y todas sus ruedas engranan lubricadas; en ella todo son azarientos, que producen dolor, incoherencia, ausencia de coordinación, pérdida enorme de energías, que aumentan la inestabilidad: es la anarquía.

La anarquía que sigue a la revolución es proporcional a la extensión y violencia del cambio de instituciones y costumbres políticas. Cuanto más se quiere demoler, mayor será el desconcierto y la falta de preparación de las masas. Cuando más violenta y brusca se haga el cambio mayor será el azoramiento de las multitudes, se encontrarán más desprevénidas para la forzosa adaptación al régimen nuevo; más inevitable, perturbador y largo será, por tanto, el período de anarquía.

Otra flor de la revolución es la brutalidad; en todas se advierte un caso de atavismo; las actividades más primitivas y más animales tienden a manifestarse. La lucha es una de ellas y para que la revolución triunfe, la lucha es inevitable. Esa lucha revuelve las heces, los más bajos centros de la actividad social.

De ahí la brutalidad y el salvajismo de los periódicos revolucionarios. De ahí también la formación de las turbas que en las revoluciones desempeñan papel tan siniestro.

Esas es la desagradable perspectiva de una revolución autónoma y violenta. La anarquía, la ferocidad, las turbas imponiendo su voluntad, son las flores que se recogen en el huerto de toda revolución violenta. Los revolucionarios autonomistas no recogerían otras. Los colaboradores que cambió se ha buscado garantizan esa triste cosecha.

Que Dios ilumine a todos.
SEVERINO AZNAR.

UN BAUTIZO

Hoy ha entrado en el seno de la Iglesia Católica por medio de las regeneradoras aguas del Bautismo, la preciosa hija de nuestro Director. El Sacramento ha sido oficiado por su tío el presbítero don Francisco Soler.

Se le han impuesto los nombres de María de los Angeles, Concepción, Francisca y ha sido padrínada por un abuelo el Doctor en Medicina don Francisco Cantó y su tía doña Concepción Allosa, viuda de Giróns, dueña de la Casa de baños y exportación de igual nombre de Castellón de la Plana.

Los padrinos han sido representados por don Juan Soler Molina y la señora María Cantó Ibáñez.

JUNTA de Protección a la Infancia

Número premiado hoy

55